

## Pequeña historia del transmisor Collins 32S-1 #1032 y del receptor 75S-1 #4797

Hace unos días doné mi “línea S” de Collins a la sección local de Madrid de la Unión de Radioaficionados Españoles, para que disponga de ella como le parezca, ahora o en el futuro. Es posible que se haga con ella lo que llamamos ahora una “estación vintage”, o quizá la Sección decida venderla, o donarla a su vez a otra persona o institución, pero sea como sea escribo hoy este texto con la esperanza de que vaya con esos aparatos tan bonitos donde quiera que ellos vayan, para que URE o sus futuros propietarios conozcan un poco su historia y sepan lo que significó -lo que significa- para mí. Es una historia que quizá a veces pueda parecer un cuento, pero sin embargo es cierta punto por punto.

Mi pasión por los equipos de radio antiguos o clásicos es tan antigua como mi afición a la radio. Y en el mundo de los equipos clásicos están los Collins y luego están los otros, igual que en el mundo de los coches están los Rolls, los Ferrari y los Aston Martin, y luego están los otros.

La primera vez que vi equipos Collins de la llamada “línea S” fue probablemente en una revista de URE de primeros o mediados de los años 80 del pasado siglo (yo soy socio de URE desde 1980), en la foto de la estación de un colega surafricano que ilustraba un artículo en el que se explicaba cómo ese colega había colaborado en el rescate de los pasajeros de una avioneta accidentada en aquellas latitudes africanas.

No sé explicar cómo ni por qué me quedé prendado de aquellos equipos de la foto, pero lo cierto es que la imagen se me quedó grabada en la retina y en la memoria. Por aquel entonces mi estación de radio consistía en un pequeño transceptor de banda ciudadana que llegaba hasta los 28 MHz, y de un dipolo de un cuarto de onda ☺

Algunos años más tarde, EA4JF, Joaquín, me invitó (junto con algunos otros colegas que nos habíamos reunido una tarde en la antigua sede de la calle Caballero de Gracia de Madrid) a visitar su casa y ver el fabuloso transceptor Collins KWM-2A que vendía. Lo había comprado nuevo en Estados Unidos tan sólo unos meses antes. Estaba impecable y sin una mota de polvo, y realmente era algo bellissimo. Supongo que a todos se nos aceleró un poco el pulso ante aquella visión. Quizá no hay que decir que ninguno de los visitantes teníamos, ni de lejos, medios suficientes para comprar una belleza como aquella. Los equipos Collins para radioaficionado eran en su época cinco o seis veces más caros que el más caro y mejor de los equipos japoneses contemporáneos, para que nos hagamos una idea. Pero todos disfrutamos mucho viéndolo y escuchando en él las bandas de aficionado. Y supongo que todos nosotros soñaríamos después más de una vez con poseer algún día algo así, porque al fin y al cabo soñar es gratis.

En 1990 hice lo que quizá podría llamarse “el viaje de mi vida”: unos seis meses de vagabundeo con una mochila a la espalda dando literalmente la vuelta al mundo. Estuve en la India, Nepal, Malasia, Tailandia, Australia, Nueva Zelanda... En aquella época yo estaba estudiando en la universidad y al mismo tiempo tenía un trabajo y un salario modesto, y podía permitirme ese tipo de cosas sin demasiadas preocupaciones.

Parte de aquel viaje consistió en cruzar los Estados Unidos de costa a costa en un autobús de línea Greyhound, de California hasta Georgia. Tenía previsto encontrarme

con mi amigo Billy, N4MHQ, que vivía en un pequeño pueblo cerca de Montgomery, en el estado de Alabama.

Billy me habló de una “hamfest”, una feria de radioaficionados que se celebraba esos días en Stone Mountain, un pueblo del vecino estado de Georgia. Y para allá que nos fuimos, en su pequeño “pick-up” Ford, con una ilusión y una curiosidad enormes, entre otras cosas porque yo no había estado en mi vida en un hamfest, ni mucho menos en un mercadillo de cosas de radio, que aparentemente, era uno de los platos fuertes de la feria.

Es difícil explicar la sensación que tuve al entrar por primera vez en aquellas naves llenas de toda clase de cosas fabulosas. Las enormes salas de la feria de Stone Mountain eran como la cueva de Alí Babá, pero multiplicada por mil, y era imposible que no se le acelerase a uno el pulso ni le invadiera la codicia.

Aquí hago un inciso para explicar que en mi viaje disponía de un presupuesto muy, muy ajustado, que salvo en los momentos en los que disfruté de la hospitalidad de un amigo como Billy, no hacía más que una comida ligera al día y que tenía que mirar muy atentamente cada céntimo que gastaba para no hacer peligrar mi plan de viaje. Tenía en mi poder todos los billetes de avión, barco, tren o autobús para dar la vuelta al mundo, porque los había comprado con antelación, pero tenía muy poco más que eso.

Naturalmente, en la patria de los equipos Collins hubiese sido muy raro no tropezarse con unos cuantos de ellos en un mercadillo gigantesco, y efectivamente allí estaban los “míos”, mirándome y haciéndome ojitos desde la mesa de uno de los vendedores. Allí estaban mi transmisor Collins 32S-1 número de serie 1032, el receptor Collins 75S-1 número 4797, una fuente de alimentación, un altavoz, cables de conexión, algunas válvulas de recambio... En fin, un sueño reposando sobre una mesa de un vendedor de radios en un país muy lejano, pero ¿quizá a mi alcance?

Recuerdo que en ese punto del viaje (ya casi al final) me quedaban poco más de quinientos dólares en el bolsillo. Y además no eran míos, sino de mi amigo Javier, EA4TK, que me los había dado para que le comprase no me acuerdo qué. Llamé por teléfono a Javier, le expliqué la situación y le supliqué que me permitiese gastarme su dinero en “mi” línea S de Collins, que después de mucho regatear me dejaba el vendedor exactamente a quinientos dólares USA.

Aquella noche probamos esos equipos preciosos, maravillosos, en casa de mi amigo Billy. Funcionaban fantásticamente bien. A mí no me quedaba ya en el bolsillo suficiente dinero ni para pipas, pero estaba muy feliz y no veía ya el momento de tener aquellas joyas instaladas en mi estación en Madrid. Eso no fue fácil ni ocurrió inmediatamente, como vamos a ver.

Billy me dejó en la estación central de tren de Atlanta, en Georgia. Allí tenía que coger un tren que me llevaría hasta Newark, en el estado de Nueva Jersey, desde donde volaría hasta Londres, y desde allí a Madrid con otra compañía aérea. Me quedaban por delante unos tres días de viaje hasta llegar a casa. Pensado fríamente, dos o tres días no son demasiados para pasarlos sin apenas comer, y al fin y al cabo casi cualquier sacrificio estaba más que justificado a cambio de ser el feliz propietario de aquellas radios de ensueño.

Cuando Billy desapareció dejándome a la espera del tren de Newark, yo ya era consciente de que mi problema principal hasta llegar a casa iba a ser el transporte de mis queridos Collins. Los habíamos envuelto con mantas viejas y atado con cuerdas, lo mejor que habíamos podido, y los habíamos metido en unas robustas bolsas de lona - igualmente viejas- que Billy había encontrado en su desván. En total, mi cargamento de tesoros consistía en cuatro enormes y pesadas sacas de lona, amén de mi mochila.

Subir al tren y acomodarme en mi compartimento fue algo relativamente sencillo, aunque un poco inquietante: subir con la mochila, dejarla en el compartimento, bajar de nuevo al andén, cargar una de las bolsas, subir de nuevo y dejarla en el compartimento junto a la mochila... Y así hasta tenerlo todo cargado.

El trayecto en tren entre Atlanta y Newark dura unas veinte horas, que pasé leyendo, mirando por la ventanilla o dormitando con un ojo cerrado y otro abierto y fijo en mi cargamento. Lamenté no poder bajar del tren para conocer Washington u otros sitios muy interesantes por los que discurre aquella línea férrea, pero en esas condiciones ya se entenderá que el turismo estaba descartado en esos pocos últimos días de viaje.

La estación central de tren de Newark me pareció un lugar desproporcionadamente grande... Desde el punto en el que descendí del tren hasta la parada del autobús del aeropuerto había quizá cien metros, que tenía que salvar con mis bolsas y mi mochila. Quizá todo eso me pareció mucho trabajo, pero si fue así es porque no tenía ni idea de lo que vendría a continuación.

Yo seguí mi sistema de avanzar poco a poco, quizá unos veinte metros cada vez, dejando mi mochila en un punto, y procurando no perderla de vista; volver a por una bolsa; ponerla junto a la mochila; volver a por otra saca, después a por otra, y a por otra... Y así hasta llegar a la parada del autobús.

No recuerdo que el conductor ni nadie me mirasen con mala cara. Casi nadie mira con mala cara a un joven ojeroso que evidentemente se ha vuelto loco, así que llegué sin novedad en aquel autobús hasta el aeropuerto de Newark, la sede de la Continental Airlines de aquellos tiempos, donde el autobús me dejó... a unos dos kilómetros de la puerta en la que debía embarcar mi equipaje.

Ahora hay que imaginarse cómo es recorrer dos kilómetros de veinte en veinte metros cada vez, moviendo cinco bultos pesados en cada tramo, mirando a un lado y a otro para cerciorarse de que el equipaje no ha volado... Eso representa unas cien pequeñas etapas de veinte metros cada una... y unos cuatrocientos pequeños paseos entre un punto intermedio y otro, agrupando pacientemente cinco grandes bultos hasta llegar al siguiente punto. Casi nada. Cada vez que hablo de este asunto con un amigo mío radioaficionado y buen conocedor de las matemáticas, él se refiere a mi odisea como a la representación a escala humana del teorema de los incrementos finitos ☺

En fin, después de esa inacabable pesadilla llegué hasta el mostrador de la compañía, al que afortunadamente llegué con un margen de tiempo más que suficiente para embarcar el equipaje. Si mal no recuerdo embarqué todos los bultos excepto el receptor 75S-1, que me pareció la pieza más delicada, y que me llevé como equipaje de cabina. El viaje fue bueno y sin sobresaltos, y supongo que nos darían dos comidas y un desayuno a bordo, lo que sin duda mi hambriento estómago agradeció enormemente. Mi destino, el aeropuerto de Londres - Heathrow, era la puerta de Europa en aquellos

tiempos felices anteriores al Brexit. Así que puse mi mochila y mis famosas sacas llenas de maravillosos equipos Collins en un carrito, o quizá dos, y me dirigí alegremente hacia la aduana, poniendo cara de paisaje y despiste, como todo el mundo, sin mirar a los ojos a nadie, y esperando que me dejaran pasar tranquilamente para poder llegar hasta el mostrador de embarque del vuelo de Londres a Madrid.

Jeje, qué inocente es a veces la juventud. En cuanto llegué a la famosa puerta, y al ver aquellas sacas grasientas en mi carrito, me pararon unos policías y uno de ellos me preguntó qué llevaba ahí dentro. “Pues unos equipos electrónicos, pero son usados, casi antigüedades, ¿sabe usted?” dije yo, con cara de buen chico. “Huy huy huy, ¿equipos electrónicos, dices? Esto hay que mirarlo más despacio, chaval; estas cosas tienen implicaciones MUY serias de seguridad y hay que verlo todo con mucho cuidado. Sigue a ese agente hasta aquella sala, allí al fondo. Adiós”.

Ya en la temible sala, el policía británico me hizo depositar el equipaje sobre un mostrador de acero, y empezó a interrogarme:

- ¿Qué llevas ahí?
- Un equipo de radioaficionado antiguo.
- ¿Qué quieres decir con eso de antiguo? ¿Cómo de antiguo?
- Pues de finales de los años cincuenta. Es de válvulas, es de la marca Collins.
- ¿Tú eres radioaficionado? ¿Esto es algo para vender?
- Soy radioaficionado desde 1980, y los equipos son para mí.
- ¿Y qué potencia y qué cobertura tienen unos aparatos como estos?
- Dan unos cien vatios, y cubren las bandas de radioaficionado de 10, 15, 20, 40 y 80 metros
- ¡Ah! Entonces, ¿no cubren la banda de 160 metros?...

Uff... Ya puede uno imaginarse la cara de estupor que se me puso en ese instante. Ahora me río al pensarlo, pero en ese momento me quedé completamente estupefacto y descolocado. Pero todo volvió a su sitio cuando aquel policía inglés empezó a reírse y me dijo que él también era radioaficionado (ahora no recuerdo su indicativo, aunque lo tengo por ahí porque nos carteamos después durante algún tiempo). Tenía licencia de novicio solamente para VHF, y estaba estudiando para sacar la licencia avanzada, cosa que consiguió algunos meses más tarde. Estaba encantado de encontrarse con un colega radiopita, y tan aventurero como era yo en aquellos tiempos, y de charlar un momento de cosas de radioafición. Me dijo que, por supuesto, me olvidase de abrir las bolsas y deshacer el embalaje, que es lo que se hacía en aquella sala de inspección de equipajes, y que se fiaba de mis explicaciones y que todo le parecía muy bien, ya que la máquina de rayos X no había detectado nada malo. Qué tiempos tan buenos eran los anteriores a los atentados de las Torres Gemelas de Nueva York, en los que volar en avión y pasar controles de aeropuertos era algo normal, más bien glamuroso, y los pasajeros no eran tratados como sospechosos potenciales de crímenes terribles.

Desde que instalé mi línea S de Collins en mi casa de Madrid en la Navidad de 1990 hasta la actualidad no he tenido con ella más que satisfacciones. Simplemente mirarla ya era un motivo de alegría. Y no digamos sintonizar los aparatos, y comunicar mediante ellos con países muy distantes, en telegrafía o en banda lateral. Escuchar el canario en el

receptor, es decir, el “pío pío” que se oye al hacer batido cero entre transmisor y receptor para colocarlos en la misma frecuencia, o contemplar la luz amarillenta del dial en la penumbra del cuarto de la radio es una experiencia que solamente puede entender quien ha visto y aprecia un equipo antiguo de válvulas en funcionamiento. Hay cosas más modernas, claro, e infinitamente más eficientes y mejores. Pero hay pocas cosas más emocionantes para un fanático de las radios antiguas.

Y hablando de emociones, estos equipos en particular están cargados de ellas, porque ante ellos se han derramado muchas lágrimas.

En algún momento de 1993 yo estaba hablando a altas horas de la noche con mi amigo Alberto, EA4BF, y con un grupo bastante numeroso de sus colegas del otro lado del Atlántico, en Venezuela, México, Canadá e incluso la Polinesia Francesa, donde vivía Luis, FO8EM, contertulio habitual de aquella rueda radiofónica de amigos y jefe de los bomberos de Papeete. Y, sobre todo, andaluz internacional donde los hubiera. Naturalmente, yo estaba usando mis flamantes equipos Collins, y presumiendo de ellos como siempre. En ese momento alguien interrumpió nuestra comunicación. Era un radioaficionado de Bosnia Hercegovina, quizá el último que quedaba en esos momentos activo desde Sarajevo. Una ciudad que por aquel entonces la guerra civil de la antigua Yugoslavia había destrozado en buena parte, y que se hallaba aislada casi por completo del mundo exterior, sin líneas telefónicas ni otras comunicaciones alternativas.

Aquel radioaficionado, cuyo nombre era Muris, nos dijo que su mujer y sus hijas habían sido evacuadas de Sarajevo el año anterior, y que desde entonces no tenían contacto, ni siquiera indirecto. Alguien le había dicho que podrían haber sido evacuadas a España, aunque no tenía esa certeza, y nos pedía que las buscásemos como pudiésemos para decirles que él estaba vivo, que las echaba de menos y que les mandaba todo su cariño. Con la suerte que frecuentemente acompaña a los empeños aparentemente imposibles, localicé al día siguiente a las niñas y a su madre a través de la Cruz Roja Española. Estaban en un albergue en Coruña, junto con otros cien refugiados bosnios. Entonces, mediante un sencillo dispositivo para amplificar la señal del teléfono, grabé un mensaje de respuesta para Muris del que, naturalmente, no entendí nada excepto que cada poco tiempo aquellas chicas y a aquella madre tenían que parar porque el llanto no les permitían articular palabra.

El transmisor 32S-1 número de serie 1032 transmitió aquella misma noche la respuesta que venía desde Coruña hasta Sarajevo, y fue un momento muy hermoso, y creo hasta el día de hoy que esa fue una de las pocas cosas intrínsecamente buenas que he hecho en mi vida. Fue muy, muy emocionante.

Pero sin darnos cuenta habíamos echado a rodar ladera abajo una bola de nieve que iba a ser imparable. Aquella mujer y aquellas niñas hablaron con los otros refugiados y les contaron el pequeño milagro de comunicación que había sucedido. Y esos refugiados hablaron con otros que estaban en otros puntos de España. Y esos hablaron con otros que estaban en otros países, y en otros continentes...

En los siguientes dos años, el teléfono de mi casa no dejó de sonar prácticamente ni de día ni de noche. Y no estoy exagerando en absoluto. Familiares y amigos radioaficionados o ajenos a la radio fueron testigos de las llamadas desesperadas desde

todos los puntos imaginables del mundo para que, a través de mi frágil canal de comunicación con aquel último superviviente de la comunidad de radioaficionados de Bosnia, intentase averiguar alguna noticia de un hermano, un hijo o un padre que habían quedado atrapados por la guerra sin posibilidad de abandonar el país, en Sarajevo o en otros lugares de aquel país. Y al mismo tiempo, mi amigo Muris empezó a recibir peticiones desde distintos puntos de Bosnia, y mediante los canales más peligrosos y escalofriantes que se puedan imaginar, para transmitir mensajes casi siempre desesperados desde el escenario de la guerra hacia las familias en los países de refugio. Más adelante, Muris y yo organizamos citas por radio entre familiares a uno y otro lado del conflicto, frecuentemente entre niños y sus padres en Bosnia. La estructura de aquellas comunicaciones era casi siempre la misma. Hacia las nueve o las diez de la noche llegaba a mi casa alguien de Bosnia procedente de alguno de los refugios de España, o incluso de Europa, acompañado por un asistente social o alguien de la Cruz Roja Internacional, del Ministerio de Asuntos Sociales o algún otro responsable. Previamente, mi amigo de Sarajevo había llevado hasta su estación en Sarajevo a la madre, o al padre, al hermano o al hijo de la persona que yo tenía ante el micrófono de mi estación en Madrid. Las personas que habían acudido a la estación de mi amigo en Sarajevo lo habían hecho frecuentemente con gran peligro de su vida, a causa de los bombardeos o de los francotiradores. Las comunicaciones empezaban a eso de las once de la noche, y casi siempre tenían lugar en la banda de 80 metros. Lógicamente aquellas personas estaban muy nerviosas antes de establecer contacto con Sarajevo, como en realidad lo estábamos todos, pero a veces se calmaban y se reían cuando yo les decía que dentro de mi radio vivía un pájaro, y entonces hacía batido cero entre el transmisor y el receptor, y sonaba el célebre “pío pío”.

En fin, esa locura frenética duró hasta finales de 1994, cuando volvieron a conectar a Bosnia a la red telefónica internacional. El fin de la guerra llegó en Octubre de 1995, tras los llamados Acuerdos de Dayton, y poco a poco empezó la reconstrucción y la cicatrización de las heridas de aquel conflicto, que desgraciadamente sigue muy vivo aún hoy, casi treinta años después de aquel horror.

Mi pasión por los equipos antiguos no me ha abandonado en todo este tiempo, sino que no ha hecho más que aumentar. En algún momento sustituí el transmisor 32S-1 por un 32S-3A, más moderno y flexible. Después cambié el receptor, añadí un amplificador lineal, puse otro micrófono...

Aquellos equipos Collins originales han estado durmiendo mucho tiempo en el fondo de un armario. A buen recaudo, eso sí, protegidos del polvo y de las temperaturas extremas, pero cuando los veía tenía una sensación extraña, entre la nostalgia y la culpabilidad. Por eso, cuando hace unos días me explicó Agustín, EA4GDK, que la Sección Local de URE en Madrid quería montar una estación clásica de radioaficionado, empecé a pensar que el destino de estos aparatos tan queridos podría y debía ser exactamente ese. Para otros radioaficionados que vengan (ojalá) en el futuro, y vean la estación en funcionamiento, seguramente será una curiosidad interesante, que quizá despierte en alguno el interés por los cacharros de radio antiguos. Y para mí será una enorme satisfacción pensar que están ahí, a disposición de todos. Iré a verlos de vez en cuando, los pondremos en marcha e intentaremos hacer algún QSO interesante, y quien por casualidad lea estas líneas se dará cuenta de que detrás de cada equipo de radio antiguo

puede haber oculta una historia extraña y anónima, y que cada uno de ellos puede haber sido algo muy especial e importante en la vida de sus anteriores propietarios.

73

Fernando EA4BB

Noviembre 2023